

Cuando el «sabio» Camino dictaba sus lecciones en Vista Alegre

Manuel Rodríguez
«Manolete»

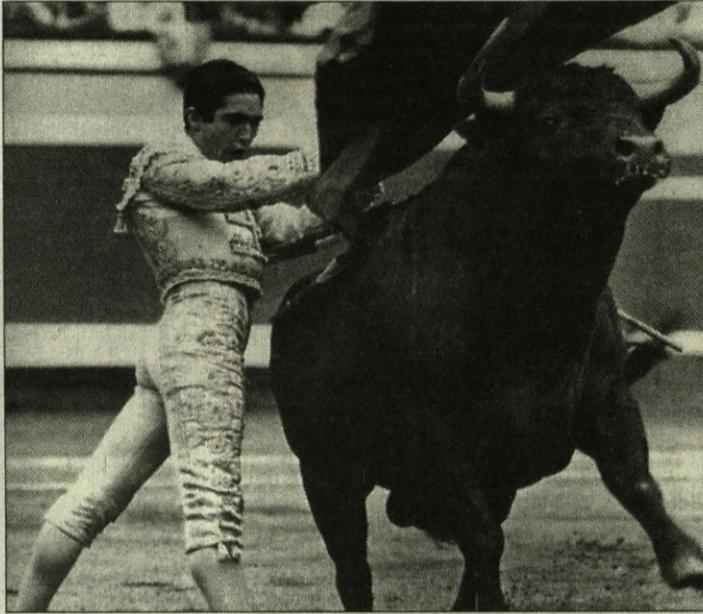
PACO Camino se ha asomado recientemente a todos los novedosos escaparates de los quioscos de Prensa desde la portada de algunas publicaciones de papel couché, con amplias entrevistas en esas denominadas revistas «del corazón», que uno invariablemente suele leer u ojear cuando pasa por la peluquería. Con el mismo rostro entre pícaro y sonriente, de intuitivo y avezado en las lides de la vida como lo fuera en los ruedos, aunque ya con destellos de plata peinando sus aladares. El que fuera «Niño Sabio de Camas» en la Liturgia del Toreo, ha sido noticia por su reciente tercer matrimonio. Y aunque no es tal el motivo de este artículo, si en cambio la «reaparición» pública de Camino me sugiere evocar aquí y ahora los imborrables recuerdos que su menuda figura torera inscribió en los Anales de Vista Alegre con tintes de apoteósicos logros.

Camino ostenta el liderazgo en cuanto al número de actuaciones en la actual Plaza de Vista Alegre con sus 41 corridas y 9 Festivales. Previamente —en la antecesora «Dama Taurina de Abando» como la bautizara el lirismo del inolvidable Emiliano Uruñuela—, había debutado como novillero quince días antes de recibir la Alternativa en Valencia, y ya como matador de toros, se vio anunciado ese mismo año 1960 en dos postineros carteles de las Corridas Generales, el día 21 con toros de Arellano junto a Fermín Murillo y «Mondeño»; y al día siguiente con Ordóñez y Ostos para estoquear los de Atanasio. Sin embargo, la grave cogida que sufriera ocho días antes en la Plaza de Palma de Mallorca aplazó su presentación en Bilbao, como espada

de alternativa y de luces, hasta la temporada siguiente. Para entonces ya le habíamos visto en sendos Festivales del Club Taurino, ediciones del 60 y 61, con huella de facilidad y gracia. Su primera y única corrida en la vieja plaza, que quince días más tarde fue pasto de las llamas, tuvo lugar el 22 de agosto del 61. Toros de Atanasio junto a Curro Girón y Antonio de Jesús. Una meritoria e inteligente faena a su primero, acogida con prolongada y unánime ovación, fue preludio al soberbio triunfo en el quinto, sellado con su propia sangre al recibir una grave cornada cuando ejecutaba el categórico y perfecto volapié. Su primera oreja en Bilbao le fue llevada a la Enfermería y por supuesto hubo de ser sustituido dos días más tarde en la corrida de Arellano y Gamero Cívico que debía matar en compañía de Julio Aparicio y Jaime Ostos. Luego, al correr de los años, pasearía otros veinticinco trofeos más —cuando en Vista Alegre tenían un enorme peso específico— como testimonio irrefutable de sus numerosos éxitos.

Entre ellos destacan sobremanera aquellas cinco ocasiones en que abrió su cátedra en nuestro ruedo para dictar otras tantas lecciones magistrales, con un aplomo y seguridad excepcional, con una tesis de puro clasicismo y admirable enjundia, a la vez que con magnífico arte, elegancia innata, inspiración fluida e indiscutible buen gusto. Todo ello de punta a cabo, rayando la perfección, desde que se abrió de capa hasta que tumbó a sus enemigos de soberanos volapiés. Cinco magnas Efemérides, con doble actuación «redonda», que le valieron catorce de los veintiséis trofeos logrados en nuestro coso.

La primera de ellas, cronológicamente, el 21 de agosto del 62, con una corrida de María



Montalvo estoqueada en terna con Ostos y Rafael Chacarte. Segunda y tercera, consecutivas, en la Semana Grande de 1966, los días 23 y 24. Una bajo el hábito trágico de la mortal cogida del banderillero Antonio Rizo, por el toro «Boloro» de Torrestrella, toreando con «El Cordobés» y «El Monaguillo». Cuando, consumada la tragedia se suspendió la corrida, ya nos había brindado el abismal claroscuro, con la otra cara de la Fiesta en la apoteosis del poderío «caminista». Confirmado al día siguiente con nitidez impresionante ante un muy serio y problemático encierro de Concha y Sierra, estoqueado en compañía de Antonio Bienvenida y José Fuentes. El 19 de junio del 68, en la Feria chica, entonces denominada de «La Liberación», tuvo lugar una nueva lección magistral del «sabio» de Camas. La dictó con una corrida de Buendía, lidiada en compañía de «Miguelín» y el infortunado «Paquirri». Dos años más tarde, en ocasión de esa mencio-

nada corrida en junio, otro recital del mejor toreo frente a astados de Manuel Arranz, encabezando terna con Miguel Marquez —que le dejó su segundo toro al ser herido de gravedad en un muslo—; y José Luis Parada, que sustituía al herido Santiago Martín «El Viti». En esas cinco ocasiones, Paco Camino se encaramó al «Tabor» de la Fiesta mostrándose en toda la presencia cumbre de una máxima figura del toreo, y en las cuatro temporadas en que se inscriben dichas gestas se proclamó máximo triunfador en Vista Alegre.

En cambio, su última actuación en nuestro ruedo, el 15 de agosto del 77, matando la corrida de Buendía en compañía de Teruel y Manzanares, discursó con bastante más pena que gloria. Fue el año de su adiós a los ruedos tras 18 temporadas en activo con vitola de primerísima figura. Se fue con un bagaje de 1.132 corridas en los ruedos españoles y un extenso bagaje de campañas y éxitos al otro lado del Océano. Gozó de

un excepcional cartel en México y en Colombia donde conquistó los más preciados trofeos. Muchas de las páginas más brillantes de la Historia del Toreo Contemporáneo les tienen por protagonista. Y quizá la más concluyente de todas, con ribetes míticos y legendarios, la de aquella Corrida de Beneficencia el 4 de junio del 69, cuando estoqueó como único espada seis toros de diferentes divisas —Urquijo, Miura, Buendía, Arranz, Juan Pedro Domecq y Felipe Bartolomé—, además del sobrero, en un macro concierto de suprema toería que le valió con todo merecimiento conquistar nada menos que ocho trofeos y abrir la Puerta Grande de la mejor Historia. Obligado es consignar que actuó en esa ocasión con el más absoluto desinterés y que toda la afición hispana tuvo la gran suerte de presenciar semejante recital a través de la pequeña pantalla, pues fue televisado en directo.

Sureda Molina, —el magnífico e incomparable escritor taurino con cuya amistad me honré y cuya importante obra admiró profundamente— como colofón a su ensayo «Paco Camino en blanco y negro», le describe así: «Paco Camino es, por tantas y tantas cosas, la gracia, la sal de la inteligencia, la portentosa, inconcebible facilidad, pero sobre todo por esa alegría interior —que anda por dentro del verso, que anda por dentro del pase—, ese Alberti del Toreo...».

Ahora, la noticia de su reciente matrimonio y el que al inicio de la próxima primavera se cumplirán 35 años de su debut en Bilbao, me han dado pie para evocar su fecundo magisterio. Y la circunstancia de hacerlo cuando estrenamos calendario, me brinda la oportunidad de decirle: Felicidades Maestro. ¡Sea por muchos años!

bilbainos en mi recuerdo

Pura Iturralde

Jacinto Gómez Tejedor

EN la calle Machín, frente a la puerta principal de la plaza de toros de Vista Alegre, existió hasta no hace muchos años una taberna-restaurante conocida por «Santi, el marinero». Su esposa, Pura Iturralde, era la mágica jefa de aquella sencilla cocina, de donde salieron guisos que hicieron las delicias de generaciones enteras de bilbainos... y de no bilbainos.

Suelen decir que los buenos cocineros tienen que ser varones. No estoy

de acuerdo con esa afirmación, un tanto machista. Pura Iturralde fue el claro ejemplo reivindicativo de que manos femeninas son capaces de llevar a cabo las mayores exquisiteces gastronómicas. Y lo sé personalmente porque cené en cierta ocasión, hace ya muchas décadas, donde «Santi, el marinero».

Pocos platos ofrecía su «carta». Pocos, pero inolvidables. Como aquella deleitosa y casi etérea sopa de ajo, y la placentera y sabrosa merluza rellena. Y no digamos nada de su cocido de alubias, que diariamente donaba a los

menesterosos que acudían a comer de caridad al convento de los Franciscanos de Iralabari. En la «semana de corridas», en el comedor de la plaza de toros, no faltaba el famoso y bilbainísimo «guisado de rabo de toro», con el que Pura hacía «chuparse los dedos» a los concurrentes.

Por su establecimiento desfilaron artistas plásticos, de cine, teatro, circo, deportistas, hombres de negocios y hasta políticos. En el álbum de recuerdos que, como preciado tesoro, guardaba Pura, allí están sus testimonios.

